





LA LOCURA DE
LA SIRENA





LA LOCURA DE LA SIRENA

J I M C . H I N E S

Traducción de Ana Bello y Gabriela Rabotnikof

Hines, Jim C.

La locura de la sirena / Jim C. Hines. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2018.

496 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Ana Bello ; Gabriela Rabotnikof.

ISBN 978-950-02-0962-5

1. Literatura Juvenil Estadounidense. 2. Novelas Fantásticas. I. Bello, Ana, trad. II. Rabotnikof, Gabriela, trad. III. Título.

CDD 813.9283

La locura de la sirena

Título original: *The Mermaid's Madness*

Copyright © 2009 by Jim C. Hines

Traductoras: Ana Bello y Gabriela Rabotnikof

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2018

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

1ª edición: mayo de 2018

ISBN 978-950-02-0962-5

Impreso en Grupo ILHSA S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en mayo de 2018.

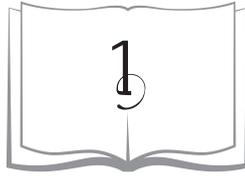
Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.



Dedicado a Amy





La princesa Danielle Whiteshore de Lorindar observaba las olas aferrada a la barandilla de proa. Si el viento seguía soplando así, podría convertirse en la primera princesa de la historia en vomitar en las aguas de los ondinos para darles la bienvenida tras su migración de invierno. El tiempo había estado apacible la mayor parte de la mañana, pero el cielo había cambiado desde el mediodía. En ese momento, era como si el mar encontrase una satisfacción perversa en atormentarla.

—Bebe esto —dijo la reina Beatrice con tono compasivo, con una taza de aluminio humeante en una mano—. Es té con un toque de miel, como te gusta.

La reina había reemplazado los trajes reales de la corte por prendas que rozaban lo impropio. Con sus pantalones azules oscuros y una camisa holgada e insulsa, por poco se

la podía confundir con un marinero. Una boina azul gastada le cubría el cabello, a excepción de algunos mechones que se agitaban junto a su oreja como banderines grises. Solo su chaqueta larga, adornada con cintas blancas y ribetes de oro, la identificaban como parte de la realeza. Eso, y el collar de plata que llevaba puesto, del que colgaba una perla negra del tamaño de la uña del pulgar de Danielle.

Cualquiera podía notar el deleite que a la reina le producía estar en altamar. Danielle no tenía dudas de que, de no ser por las reglas del decoro, Beatrice habría estado subiendo al aparejo con la tripulación u ocupando el puesto de vigía para detectar sirénidos... no: *ondinos*; preferían que los llamaran así.

Por casual que pareciera el atuendo de Beatrice, se la veía mucho más cómoda que a Danielle. Sus criadas habían empacado las maletas y, al parecer, tenían tan poca experiencia en el mar como la princesa. La capa pesada y el vestido color crema podrían haber sido aceptables para un día informal en el palacio, pero allí, en el barco, Danielle se esforzaba constantemente para no tropezarse con su propia falda. El rocío de las olas se aferraba al terciopelo morado de su capa como cuentas diminutas de cristal. Danielle estaba tentada de pedir permiso para saquear el guardarropa de la reina.

Por el momento, se limitó a beber su té de a sorbos y se esforzó por no vomitar. La miel no alcanzaba para enmascarar el sabor picante del jengibre y las otras especias.

—¿Demasiado fuerte? —preguntó Beatrice.

—Para nada. —Danielle se obligó a dar otro sorbo. Se había vuelto consentida en el último año. Cuando vivía con su madrastra y hermanastras, con suerte se preparaba una taza tibia de té de vez en cuando con restos de hojas, y la miel era un lujo que recordaba solamente de su niñez más lejana.

—Blanca nunca aprendió a preparar un té como corresponde.

—¿Qué le puso?

—Aprendí que es mejor no preguntar. Dijo que sería bueno para tu estómago.

Si bien las habilidades culinarias de Blancanieves dejaban mucho que desear, Danielle confiaba en ella. Después de todo, Blanca le había salvado la vida un año antes. Lo mínimo que podía hacer era beber su té excesivamente picante, que al menos le servía para sacarse de la boca el gusto salado del mar. Danielle dio otro sorbo y luego giró para ver al *Lord Lynn Margaret*, que los seguía a la distancia. El *Santo Tocohtl* venía del lado opuesto, y los tres barcos formaban un triángulo alargado en el mar.

—Te acostumbrarás. —Beatrice le dio una palmada en la espalda a Danielle, algo más propio de un marinero de cubierta que de la reina de Lorindar—. Pero siento lástima por ti. Nunca sufrí de mareos en los barcos, pero cuando estaba embarazada de Armand, pasé tres meses sin poder comer nada más interesante que avena, y a veces ni siquiera podía mantenerla dentro de mi cuerpo.

—Y a pesar de tu compasión, ¿eliges provocarme este sufrimiento? —Un año antes, la mera idea de bromear con

la reina habría puesto a Danielle de rodillas, suplicando perdón. Ahora, tenía los ojos entrecerrados, fingiendo estar enojada—. Nunca imaginé que podías ser tan cruel, majestad.

Las líneas de expresión de la sonrisa de Beatrice se profundizaron. Entonces, se inclinó hacia Danielle y bajó la voz.

—Si quisiera provocarte náuseas, dejaría que tu esposo tomara el timón.

Danielle sonrió y giró para buscar al príncipe. Si bien Beatrice había designado formalmente a su hijo al mando del barco, el príncipe Armand aún no se había puesto al timón. La última vez que Danielle lo había visto, él estaba inspeccionando los cañones del lado derecho de la cubierta principal... no: de *estribor*. Armand había heredado el amor de su madre por la navegación y, aunque ambos intentaban disimularlo, ni él ni la reina podían ocultar la diversión que les provocaba que Danielle se topara con un nuevo término náutico.

Beatrice cruzó los brazos sobre la barandilla y se asomó para mirar el agua.

—Te ahorré la molestia de esta travesía en otoño cuando nació Jakob, pero hay límites. El rey Theodore puede no venir si así lo desea, pero como futura reina de Lorindar, debemos presentarte ante los ondinos.

Al oír esas palabras, Danielle volvió a sentir unas náuseas muy intensas. Bebió de un trago lo que le quedaba de té e inhaló profundamente.

—Además, ya era hora de que pisaras este galeón maravilloso. Después de todo, lo nombramos en honor a ti.

—Sí, lo sé. —Danielle recordó el horror que sintió cuando Armand le dio la noticia—. ¿No se les ocurrió nada mejor que *Zapato de Cristal*?

La reina se encogió de hombros.

—Tengo entendido que otra opción era *Calabaza de Medianoche*.

—¿*Calabaza de Medianoche*? ¡No hubo calabaza! Nunca... —Danielle se contuvo—. Otra vez te estás burlando de mí.

—Puede ser.

Danielle frunció el ceño. Debajo de su euforia, la reina sonaba distraída, y su sonrisa se esfumaba demasiado rápido. En general, Beatrice le prestaba atención total a quienquiera que estuviera con ella, se tratase de un emperador o de un mozo de establo.

—¿Bea?

—¿Te ayuda el té? —preguntó la reina, sin levantar la vista.

—Sí. ¿Por qué Blanca no lo preparó apenas zarpamos?

Otra sonrisa ausente.

—Más de cien marineros jóvenes, fuertes y trabajadores forman la tripulación del *Zapato de Cristal*. Deberías agradecer que Blanca se haya acordado de ti.

Desde una plataforma cercana al mástil frontal —el trinquete— se oyó un grito.

—¡Ondinos a la vista!

De repente, algunos hombres comenzaron a correr de aquí para allá, tirando de sogas y enrollando las velas. Desde el alcázar, Armand ahuecó las manos alrededor de su boca y gritó:

—¡Aflojen la bordada y el as de guía! ¡Prepárense para arriar la gavia de proa! —Esperó un instante, mientras miraba trabajar a los hombres, y luego gritó—: ¡Tensen y suban la gavia! ¡Prepárense para la gavia principal!

Bien podría haber estado hablando un idioma extranjero, aunque Danielle pudo oír a Beatrice susurrar las órdenes al mismo tiempo que él. La princesa se inclinó hacia atrás para observar a su esposo. Las mangas arremangadas dejaban al descubierto los músculos delgados de sus brazos. Armand se había dejado crecer el cabello oscuro durante el invierno, y Danielle aún no había decidido si la nueva barba le gustaba o no. Le rellenaba los rasgos angulosos, pero solía provocarle cosquillas en momentos inoportunos.

Sonriendo por los recuerdos, Danielle se alejó lentamente del trinquete hasta llegar al frente de la barandilla, donde intentaba mantenerse fuera del camino de la tripulación, que trepaba para arriar las velas. Nunca nadie le había advertido lo abarrotado que podía estar un barco. Los tres mástiles —cuatro, si se contaba el bauprés que sobresalía desde el frente de la nave— tenían cuerdas y aparejos, como si una araña gigante hubiese tejido una telaraña sobre el barco entero. Con ocho cañones asegurados a la cubierta principal, además de las lanchas de remos, apenas quedaba espacio para que dos hombres se cruzaran.

Danielle vio a su amiga Talía abrirse paso por la cubierta. El caos no parecía molestarle en absoluto. Se movía entre la tripulación como si hubiese nacido en el mar, aunque, por lo que Danielle sabía sobre su pasado, Talía ni siquiera había pisado un buque de vela hasta tener casi veinte años, cuando huyó de su reino desértico en el sur.

Poco después del nacimiento de Talía, las hadas le habían otorgado diversos dones, de los cuales uno de los más importantes era la gracia sobrenatural. Danielle podría haber sentido envidia, si no hubiera sabido el precio que Talía había pagado por esos dones. Pocos conocían la verdadera historia de la Bella Durmiente, de cómo su siglo de sueño había sido interrumpido por un despertar que hacía que cualquier pesadilla pareciera insulsa.

—¿Estás lista? —preguntó Beatrice, llevando la atención de Danielle de regreso a sus responsabilidades como princesa.

—¿Acaso importa? —Sabía que no había motivos para estar nerviosa. Lo único que tenía que hacer era simplemente estar allí, representando a todo el reino de Lorindar; ella, que había pasado la mayor parte de su vida vestida con harapos, acompañada solo por pájaros y ratones. Su breve experiencia como princesa de Lorindar no podía superar una vida entera como Servicienta; incluso había momentos en los que creía que esa nueva vida era un sueño, una ilusión que se desvanecería al llegar la medianoche.

—No, lo cierto es que no. —Beatrice le sonrió para tranquilizarla.

Para los ondinos, la nobleza fluía de madre a hija, de modo que la reina era la más reverenciada. La antigua reina de los ondinos había fallecido hacía varias temporadas, lo cual había dejado a su esposo como gobernante, pero ellos seguían esperando ser recibidos por la reina de Lorindar. Por la reina y ahora también por la princesa.

La presentación de Danielle debió haberse realizado el año anterior, pero cuando los ondinos regresaron a las aguas de Lorindar, Armand y ella estaban de viaje por el reino. Había planeado verlos en otoño, cuando salían hacia el sur en busca de aguas más cálidas, pero sus hermanastras habían arruinado ese plan al secuestrar a Armand, esclavizarla a ella e intentar robarse a su hijo, que aún no había nacido. Incluso luego de regresar a casa, Danielle no había estado en condiciones para una travesía por el mar.

Se tocó el vientre al recordar la magia negra que Stacia, su hermanastra, había usado para adelantar su embarazo. Danielle había sentido pánico al pensar en lo que esa magia podía hacerle a su hijo. Noche tras noche, seguía dando las gracias a Dios por que Jakob hubiese nacido sano. Ningún sanador le había encontrado el mínimo problema, e incluso Blanca le había asegurado que su hijo estaba libre de todo tipo de contaminación o maleficio.

Beatrice le tendió la mano y la guio con cuidado hacia la barandilla.

—El reino de Lorindar es afortunado por tener semejante princesa. —Al voltear hacia Armand, elevó la voz—:

Aunque le vendría bien tener un príncipe menos distraído. ¡Deprisa, Armand!

Armand ya se estaba dirigiendo hacia la proa. En realidad, las reglas de etiqueta no requerían su presencia. De hecho, podría haberse quedado con el rey Theodore, que, como todos sabían, tenía la misma reacción que Danielle a la navegación. Pero Armand era digno hijo de su madre y rara vez desaprovechaba la oportunidad de navegar.

Detrás de él, dos marineros arrastraban un cofre de madera cerrado herméticamente, sellado con tanta firmeza como el casco del barco con alquitrán y cera de abejas. Por tradición, año tras año Lorindar llevaba un regalo a los ondinios para darles la bienvenida al regreso de su migración de invierno. Mientras el rey Posannes estaba en el trono, ese regalo siempre había sido un cofre de frutillas en conserva. El año pasado, Posannes le había dado a Beatrice la perla que ella llevaba puesta a cambio, convencido de que él se había llevado la mejor parte del trato.

—¡Atención, perchas! —gritó Armand. La tripulación ubicada en las perchas respondió con el saludo correspondiente, con los brazos por detrás para poder sujetarse de las cuerdas y mantener el equilibrio. Era un saludo impactante: más de cincuenta hombres alineados sobre las vigas horizontales que sostenían las velas, ahora enrolladas.

Talía se trepó a los camarotes de proa y luego dio un paso al costado para dejar lugar a Armand, que la seguía.

—Ahí. —Beatrice tenía una mano apoyada sobre la banderilla mientras señalaba hacia las siluetas distantes—. ¿Dónde está Blanca? Quiero que ella también esté aquí.

Si no hubiese sido por Beatrice, Danielle habría confundido a los ondinos con rocas en el agua. Solo se veían sus cabezas y hombros en la superficie. Nadaban en una formación de V invertida, lo cual hizo que Danielle pensara en gansos. Sin previo aviso, desaparecieron bajo el agua.

—¿Qué pasó? —preguntó Danielle.

Armand se le acercó y le rodeó la cintura. En el palacio, tal informalidad habría desatado comentarios severos de parte del canciller, pero esas reglas tenían menos importancia en el mar. Danielle se inclinó sobre él, y la calidez de su cuerpo marcó un contraste agradable con el viento frío. Armand señaló las olas en las que los ondinos se habían esfumado.

—Mira.

La ondina que los lideraba saltó, se arqueó sobre el mar y, al desaparecer, salpicó una gran cantidad de agua. Dos ondinos más la siguieron, saltando aún más alto. Cada vez más rápido, volaban desde el agua en parejas, tan cerca uno de otro que Danielle se sorprendía al ver que no se chocaban.

—Son más de los que recordaba —comentó Armand—. Me pregunto si otra tribu se ha unido a Posannes.

—Tal vez —dijo Beatrice, con el ceño fruncido.

—¡Carguen los cañones!

Desde ambos lados de la cubierta principal, los hombres empujaban con fuerza varillas largas hacia el interior

de los cañones para llenarlos de pólvora. No se habían tomado la molestia de arrastrar las balas de cañón hasta la cubierta, ya que se trataba solamente de un espectáculo para los ondinios.

—Esperen. —Beatrice seguía observando el agua, aunque los ondinios estaban demasiado lejos para distinguir detalle alguno.

—¡Alto! —gritó Armand, y le preguntó a su madre—: ¿Qué sucede?

—No estoy segura. —Beatrice sonaba preocupada, pero no sabía qué estaba ocurriendo. Murmuró algo más, pero luego meneó la cabeza en silencio.

Armand miró a su madre un momento más y giró hacia la tripulación.

—¡Preparen el saludo!

Los hombres usaron cuerdas y poleas para arrastrar los cañones y posicionarlos en el borde de la cubierta. Armand volvió a mirar a la reina. Como ella no dijo nada, el príncipe levantó el brazo y gritó:

—¡Fuego!

Sobre cada cañón, los hombres llevaban varas largas con espoletas encendidas. Las explosiones hacían estremecer al *Zapato de Cristal*. Los cañones se sacudían al dar el culatazo y las cuerdas se tensaban. Un humo negro se inflaba desde los lados del barco. Danielle arrugó la nariz al sentir el olor del metal quemado.

—Lo siento —dijo Armand, aún sonriendo. No sonaba para nada arrepentido—. Me olvidé de decirles que usaran solamente media carga.

—Sí, creo recordar que el año pasado también lo “olví-
daste” —apuntó Beatrice—. Sus ojos son más jóvenes que
los míos. ¿Alguno ve al rey Posannes?

Talía se subió a la barandilla a la izquierda de Beatrice y
miró a través del humo.

—Todavía no. ¿Hay algún problema?

—Espero que no, pero todos deberían bajar a la cubierta
principal.

A esa altura, la brisa había comenzado a despejar la
mayor parte del humo, y los ondinios estaban lo suficien-
temente cerca para que Danielle identificara individuos a
través de la neblina. Tenían la piel bastante tostada, un par
de tonos más clara que la de Talía. La mayoría tenía el pe-
cho desnudo, tanto hombres como mujeres, aunque unos
pocos vestían pieles grises muy ajustadas que dejaban ver
sus brazos. Algunos tenían armas, en su mayoría cuchillos
y arpones delgados para pescar, sujetos a arneses que les
rodeaban los brazos y el pecho.

Una sola sirena salió a la superficie delante del resto.

—¿Y esa quién es? —preguntó el príncipe aguzando la
vista—. ¿Dónde está Posannes?

—Basta. Llévatelo de aquí, Talía —ordenó su madre.

—Si hay alguna amenaza, debo... —Armand lanzó un
grito de sorpresa cuando Talía lo pateó detrás de las rodi-
llas. Lo tomó del cuello de la camisa cuando cayó y lo arras-
tró hacia la escalera. Él extendió los brazos hacia atrás para
sujetarla de las muñecas, con la intención de hacer palanca
para soltarse. Talía se encogió de hombros, abrió las manos

y lo dejó caer. Armand se tambaleó y ella lo empujó hacia atrás. Con el talón, golpeó el cofre de frutillas y se volvió a caer, esta vez hacia abajo, a la cubierta principal.

—¡Talía! —Danielle se asomó y vio a su esposo desparrado encima de dos tripulantes caídos—. ¿Estás bien, Armand?

—Seguro que sí, si lo arrojé sobre un marinero... —Talía saltó sobre el cofre y bajó detrás de Armand.

—¡Tú también! —ordenó Beatrice a Danielle—. Rápido, busca a Blanca.

—Si hay algún peligro, tú también deberías irte.

Beatrice negó con la cabeza.

Exactamente delante del barco, el mar explotó en una fuente de espuma blanca. La líder de las sirenas se arqueó en el aire, más alto de lo que los demás habían saltado. Tal vez su cola doble le daba una fuerza superior, o tal vez los demás simplemente se habían contenido.

—Lirea —susurró Beatrice.

De la garganta de Lirea, se desgarró un grito, un sonido recortado y furioso que le perforó los oídos a Danielle y por poco la hace caer de rodillas. Danielle se tambaleó hacia adelante, sujetó a Beatrice del brazo y la apartó del camino cuando Lirea saltó sobre la barandilla.

La sirena se retorció para evitar las cuerdas. Se tambaleó al caer y embistió con el extremo de su lanza contra la cubierta para recuperar el equilibrio. Ahora, un par de pies reemplazaban sus colas. Mientras Danielle la miraba, las aletas que se extendían por la parte externa de las piernas

de Lirea se alisaron contra su piel y desaparecieron. Las escamas de los pies y tobillos se hundieron en la piel y dejaron gotitas de sangre acuosa apenas visibles. El resto de las escamas quedaron en su lugar, como una malla púrpura que le protegía las piernas y la cintura.

Lirea era más delgada que los demás ondinos. Su piel le delineaba claramente las costillas y la clavícula. Si hubiese sido humana, Danielle habría arriesgado que tenía unos veinte años. Un arnés gastado se cruzaba sobre unos pechos pequeños. De uno de los lados, colgaba una daga, cuyo mango sobresalía hacia el frente. Llevaba puesto un collar de valvas de ostra que parecían demasiado grandes para su figura esbelta. En una oreja brillaba un arete pequeño de oro.

Antes de que Danielle pudiera moverse, Lirea apuntó su lanza hacia la reina. Tosió y, al hacerlo, escupió agua de mar en la cubierta; luego dijo:

—Están violando nuestras aguas. —Su voz era ronca, como si estuviera recuperándose de un resfrío molesto. Danielle comenzó a moverse para ubicarse entre ellas, pero Lirea movió la lanza y le hizo un corte en el brazo, que comenzó a sangrar.

—Saludos, Lirea —dijo Beatrice con calma—. ¿Dónde está tu padre?

Lirea se acercó e hizo retroceder a Beatrice hasta dejarla contra la barandilla. Le dio un vistazo al cofre. Con una mirada de repugnancia, colocó un pie contra él y dio un empujón. El cofre se deslizó desde los camarotes de proa y se estrelló contra la cubierta principal.

—Somos ondinos. No necesitamos frutas de los humanos. Si quieren navegar por nuestro mar en paz, traigan oro... y a mi hermana.

—¿Tu hermana? —Beatrice miró la cubierta principal, donde Armand y los demás hombres ya se habían reunido con ballestas y arpones.

—No juegue conmigo —dijo Lirea—. Yo oigo todo. La oí conspirar con Lannadae y con mi padre, del mismo modo que oigo cómo planean atacar. —Pinchó el costado de Beatrice con su lanza, con la fuerza suficiente para hacer que la reina lanzara un grito ahogado.

—No es nada —susurró Beatrice, mientras le hacía un gesto con la mano a Danielle para que no avanzara.

Lirea giró para enfrentar a Armand y a la tripulación.

—Si dan un paso más, ella muere.

—Deja ir a mi madre y... —dijo Armand, levantando la mano.

—¡Soy la reina de la tribu ilowkira! —gritó Lirea—. Hablaré con su reina y con nadie más que con ella.

—Asesinaste a Posannes. —Beatrice ignoró el arma que la sirena presionaba contra sus costillas—. Al igual que asesinaste a Levanna. —Del rostro de Lirea goteaba agua, y eso daba la impresión de que estaba llorando.

—Me traicionaron. Día tras día, las olas murmuran su traición.

Unos movimientos cerca del aparejo llamaron la atención de Danielle: era Talía, que estaba trepando por una de las cuerdas a babor. Ya tenía la altura suficiente para saltar

a los camarotes de proa, pero ni siquiera Talía era lo suficientemente fuerte como para detener a Lirea antes de que pudiera asesinar a Beatrice. A menos que...

Danielle sabía poco de barcos, pero había ido al puerto lo suficiente para ver las ratas que trepaban por las cuerdas y huían por barriles y cajones, como también había visto a los gatos que merodeaban por allí en busca de presas. Toda embarcación albergaba mucho más que a la tripulación.

Durante toda su vida, los animales la habían ayudado. Las palomas y los ratones colaboraban con sus tareas, limpiaban la chimenea o recogían las babosas de los jardines. Años más tarde, esas mismas palomas habían dejado ciega a su madrastra y habían llenado de cicatrices a sus hermanastras. Cuando ellas secuestraron a Danielle, los ratones la habían ayudado a escapar. Fue en ese entonces, cuando estaba presa de sus hermanas, que había aprendido a hablarles a los animales sin palabras. No sabía cómo ni por qué la entendían. Tal vez era otro don de su madre, como los zapatos de cristal y el vestido plateado que había usado para el baile. Lo único que sabía era que los animales iban en su ayuda.

Sin quitarle los ojos de encima a Lirea, Danielle dijo en silencio: “Ayúdenme, amigos míos”.

—Tu padre me contó lo que te sucedió —decía Beatrice—. Él quería ayudarte.

—Ya tuve suficiente “ayuda”. —Las palabras de Lirea eran como agujas que se clavaban en lo profundo de los

oídos de Danielle—. Denme a Lannadae y los dejaremos regresar a su hogar. Si se rehúsan, los perseguiremos a todos, desde el más pequeño de sus barcos pesqueros hasta el más poderoso de sus buques de guerra.

—Tu padre te amaba, pero no era ningún tonto. ¿Cómo lo hiciste, Lirea? ¿Cómo lo asesinaste?

—¡Él me obligó a hacerlo! —En ese momento, las lágrimas que le bajaban por las mejillas eran inequívocas—. Me consideraba una retorcida, una perversión a la que debía dejar morir. Sé lo que habría hecho si yo no lo hubiese detenido.

—Solo quería que volvieras a estar bien, que fueras feliz. —Beatrice comenzó a extender la mano para tomar la lanza, pero Lirea se puso tensa.

—Eso es lo que me dijo —continuó Lirea—, pero yo oí la verdad detrás de esas palabras.

Una exclamación sofocada desde la cubierta principal hizo que Danielle les prestara atención a tres ratas que trepaban por la escalera. Armand había sujetado a otro tripulante para impedir que gritara. Los ojos del príncipe se encontraron con los de su esposa, y este asintió con la cabeza. No iba armado, pero un movimiento rápido con el dedo indicó a los demás que prepararan las armas.

Lirea no notó cómo las ratas trepaban por la escalera de estribor y corrían por los charcos que ella misma había dejado a su llegada.

“Deprisa”.

La sirena giró y empujó el cuerno largo que había en el extremo de su lanza contra el vientre de Danielle.

—Entrégume a Lannadae o asesinaré a toda su tripulación, comenzando por esta.

Danielle levantó la cabeza en un intento por imitar la calma de la reina, pero le temblaban las manos.

—Asesinarla no le pondrá fin a tu dolor. —Por primera vez, la ira hacía que las palabras de la reina sonaran más severas.

Danielle se preparó.

“¡Ahora!”.

La primera rata hundió los dientes detrás del tobillo desprotegido de Lirea. Al mismo tiempo, Danielle extendió su mano hacia arriba, para derribar la lanza. Lirea se tambaleó hacia la barandilla mientras la segunda rata se prendía al costado de su pie. Con un movimiento de la lanza, golpeó a la tercera rata.

—¡Atrápenla! —gritó Armand, mientras sujetaba la escalera.

Talía fue más rápida. Se dejó caer sobre los camarotes de proa y dio una patada baja para separar las piernas de Lirea del suelo. Cuando la sirena se recuperó, Talía tomó a Danielle del brazo y la lanzó hacia Armand. Ambos cayeron juntos, y la tripulación, que estaba más abajo, los atrapó. El príncipe se puso de pie de un salto y arrebató una ballesta de las manos de un hombre.

—Si tienes un tiro certero, aprovéchalo.

—¡Su alteza, los ondinos están atacando el barco!

Armand maldijo.

—Ustedes cuatro, quédense conmigo. Los demás, a los lados. Leven ancla y hagan señas al *Tocohl* y al *Margaret*.

Sus arqueros tendrán mejor ángulo para dispararles a los ondinos y sacarlos de nuestros cascos.

Desde los camarotes de proa, Talía intentaba llegar a la reina, pero Lirea ya se había recuperado. La sirena dio dos golpes hacia adelante con su lanza, para hacerla retroceder y dejar a Beatrice atrapada frente a los camarotes de proa. Al tercer golpe, Talía se puso de costado, tomó el asta y acercó a Lirea de un tirón. Dio un paso hacia adelante y colocó su otra mano sobre la garganta de la sirena. Danielle había visto a Talía derribar a hombres del doble de su tamaño con ese movimiento, pero Lirea apenas se tambaleó al tropezarse con el cabillero que rodeaba el trinquete. Seguramente los ondinos tenían gargantas más fuertes, o tal vez sus tráqueas estaban mejor protegidas.

Talía no soltó la lanza. Con una patada rápida a la muñeca de Lirea, logró arrancarle el arma de las manos. La giró por encima de su cabeza e hizo un movimiento amplio con ella. Lirea saltó rodeando el mástil, chocó contra Beatrice y la derribó sobre la barandilla. La reina se sujetó y dio un codazo fuerte contra el costado de Lirea. Alguien vitoreó cuando Beatrice lanzó a la sirena contra Talía.

Lirea sacó su cuchillo del arnés y dio cuchilladas salvajes. Talía le golpeó la muñeca con el asta de su lanza, retrocedió y usó el extremo para hacerle un corte en el brazo, por encima del codo. La sirena esquivó por poco el ataque posterior, que arrancó un trozo de madera de la barandilla.

Danielle quería ayudar, pero sabía que no haría más que estorbar. Beatrice mantenía el mástil entre ella y las dos

contrincantes para intentar mantenerse a salvo. Era una luchadora hábil, pero la destreza de Talía era sobrenatural. Armand ya avanzaba a empujones hasta el extremo del camarote de proa para darle una mano.

Lirea volvió a gritar, y el sonido fue tan doloroso que varios hombres dejaron caer sus armas. Aún gritando, Lirea intentó apuñalar a Talía, que se alejó con una pirueta y luego balanceó la lanza en un arco ancho y la estrelló contra la espalda de Lirea, y así acabó con el grito de la sirena y la lanza al mismo tiempo. El impacto arrojó a Lirea directamente contra la reina, y ambas cayeron sobre la barandilla. Lirea retrocedió, y Danielle sintió cómo se le hacía un nudo en el corazón.

—Beatrice —susurró. El cuchillo de Lirea se hundió en lo profundo del pecho de la reina.

—¡Madre! —Armand comenzó a moverse hacia la escalera, pero uno de los tripulantes lo tiró hacia atrás.

La lanza rota se cayó de las manos de Talía con un ruido fuerte que sorprendió a todos al estrellarse contra la cubierta. Lirea se miró la mano, que aún rodeaba la empuñadura del cuchillo, y volvió a gritar, un alarido de angustia sin palabras que le nubló la visión a Danielle, aunque alcanzó a ver cómo Lirea liberaba el cuchillo de un tirón y lanzaba a Beatrice contra Talía antes de saltar del barco.

Talía sujetó a la reina y la apoyó con cuidado sobre la cubierta. Armand fue el primero en subir por la escalera, seguido de cerca por Danielle. Talía ya había apoyado ambas manos sobre la herida para frenar el flujo de sangre.

—¡Que alguien traiga a Hoffman! —ordenó Armand.

—¡No! —dijo Talía—. Traigan a Blanca.

—Aquí estoy. —Blanca ya subía desde la cubierta principal, con el rostro más pálido de lo normal.

—¡Maldición! Pedí que viniera mi cirujano. —Armand miraba fijamente la silueta desplomada de su madre. Danielle notaba cómo se esforzaba para no perder el control. Uno de los hombres disparó su ballesta contra el agua.

—¡Los ondinos se están retirando, su alteza!

Danielle extendió la mano para tocarle el brazo a Armand.

—Blanca es una sanadora habilidosa. Ya ha ayudado a Beatrice antes.

—Mi madre se está muriendo —respondió Armand, con voz monótona—. Hoffman es...

—Tu madre confía en estas mujeres, amor, y yo también. Por favor, deja que Blanca la salve.

Blanca no iba a esperar la respuesta de Armand, así que se arrodilló junto a la reina y extendió su mano sobre la de Talía.

—Presiona más fuerte. Todos los demás, retrocedan para darme luz.

—¿Va a sobrevivir? —preguntó Talía.

Blanca no respondió. Se tocó la gargantilla, una franja de espejos ovalados conectados mediante un alambre de oro, y del espejo del centro centelleó una luz, que iluminó la herida.

—Ahora retira la mano.

Talía se alejó, y Blanca apoyó ambas manos sobre el pecho de Beatrice. Su cabello cayó como unas cortinas negras que ocultaban sus acciones.

—¿Talía? —preguntó Danielle. Las manos de su amiga habían comenzado a temblar. La joven recogió la lanza rota y se acercó a la barandilla; la princesa la siguió—. ¿Qué haces?

Talía dio un salto rápido sobre la barandilla, con una mano aferrada a una cuerda mientras buscaba en el agua.

—Ya huyeron. Nunca los atraparás. —Danielle extendió la mano, pero Talía la corrió con un golpe de lanza—. Aunque Lirea siga aquí, te matará. No puedes luchar contra ellos en el agua. —Era como si Talía fuese sorda. Caminaba a lo largo de la barandilla, con pasos decididos—. Blanca salvará a la reina. No me hagas explicarle por qué tiraste tu vida por la borda.

Si Danielle no hubiese estado mirando tan de cerca, no habría notado la sutil caída de los hombros de Talía.

—Es sabido que la gente de mar envenena sus armas —murmuró un tripulante.

Blanca negó con la cabeza.

—No es veneno.

Armand se puso de pie. La tripulación quedó en silencio cuando giró para mirarlos de frente.

—Zarpamos hacia casa. —Al dejar el puerto de Lorindar, había dado órdenes durante un cuarto de hora. Por el modo en que la tripulación trabajaba en equipo ahora, desenrollando las velas casi en silencio, esas órdenes detalladas habían sido poco más que una formalidad.

—¿Qué hay de ella? —Uno de los tripulantes señaló a Talía con su ballesta—. Fue ella la que luchó contra la sirena e hizo que la reina recibiera una puñalada.

Talía lo miró con una expresión que hizo que Danielle rogara que el hombre ya tuviese preparado su testamento y estuviera en paz con Dios. Talía miró a la reina, inclinó la cabeza, se dejó caer en la cubierta y su enojo desapareció.

No, se corrigió Danielle. La ira no se había ido; simplemente se había vuelto introspectiva.

—Dije que nos llevaran de vuelta a casa. —La voz de Armand era suave, pero la tripulación obedeció deprisa. El príncipe se agachó junto a Blanca—. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Dame espacio —contestó Blanca.

Danielle tomó la mano de Talía y tironeó de ella para llevarla hacia la escalera. El hecho de que no se resistiera cuando Danielle la guiaba indicaba el grado de conmoción de Talía.

Blanca había pasado la mayor parte del día en la cocina, leyendo un tratado sobre el desarrollo de la navegación marítima, desde los simples mapas celestes, pasando por los globos terráqueos de cuarzo encantado, hasta el primer astrolabio.

El horno se había apagado luego del desayuno, dado que el viento era cada vez más fuerte y aumentaba el riesgo de incendio, pero el aroma de las salchichas rostizadas

persistía en el aire. Blanca estaba sentada en un banco de madera en una esquina, con las rodillas flexionadas cerca del cuerpo para apoyar el libro. Estaba tan compenetrada en la lectura que apenas percibió los sonidos metálicos de las ollas y sartenes que colgaban de la pared.

Su gargantilla proyectaba un suave haz de luz sobre las páginas. Cada espejo ovalado era un gemelo encantado del espejo mágico que había heredado de su madre. Esta era su segunda gargantilla, ya que la primera había sido destruida un año antes. Blanca había trabajado varios meses para fabricar una nueva. Para su sorpresa, Danielle había demostrado ser bastante útil. Su padre había sido un vidriero habilidoso y, aunque había muerto hacía mucho, Danielle aún recordaba gran parte de lo que había aprendido observándolo, así que le había enseñado algunos trucos a Blanca para ayudarla a mejorar la calidad de sus espejos.

Estos eran un poco más grandes que los espejos de la primera gargantilla. Los bordes de oro se le hundían en la barbilla y en la garganta si levantaba demasiado la cabeza, pero al ser más grande era más sencillo manipular su poder. En los días previos a esta travesía, había usado los espejos para capturar luz solar equivalente a la de varios días. No era su primera vez en altamar y, a pesar de lo que ciertas personas podían pensar, no podía pasar el día entero coqueteando con la tripulación. En el camarote la esperaban tres libros más.

El primer grito rompió su encantamiento y dejó la cocina en penumbras. Blanca se apoyó contra la pared y se

puso de pie tambaleando. Ese grito tenía un elemento mágico, pero era una magia dañada, como el grito de un jabalí herido, salvaje y enfurecido. Esperó hasta que el sonido se atenuara y se tocó la gargantilla para devolver luz suficiente para poder salir de la cocina a salvo. Pasó junto a otros tripulantes que corrían de un lado a otro.

—¿Qué sucede?

—¡Quítate del camino, muchacha! —Unas manos fuertes la empujaron a un costado.

Blanca masculló un encantamiento rápido entre dientes, y el hombre gritó cuando sus botas resbalaron.

—Disculpa. —Blanca sonrió amistosamente al pisar al hombre que se quejaba y subió hacia la luz del sol.

Entonces, se oyó otro grito. Esta vez, Blanca pudo prepararse. No era un conjuro deliberado. Su propia magia hacía uso de energías diversas, desde la luz del sol hasta su propia voluntad, y las tejía para formar cualquier patrón que ella eligiera. Estos gritos eran gruñidos, poder sin forma.

Al frente de la cubierta principal, el príncipe Armand le gritaba a la tripulación. Blanca trepó por una de las lanchas de remos para ver mejor. Una lona hecha de velas cubría el bote, y Blanca se movió con cuidado, tocando las vigas transversales hasta encontrar un lugar cómodo desde donde mirar.

En los camarotes de proa, una mujer semidesnuda, con una lanza en la mano, luchaba con Talía. La desconocida parecía humana, pero su desnudez la identificaba como

ondina, como también ese arnés de piel de tiburón, y de la realeza, a juzgar por el collar de ostras. Tenía que ser Lirea, la hija de Posannes. La reina Beatrice estaba detrás de ella y Talía, y no podía salir. La tripulación ya se había reunido y le bloqueaba el paso a Blanca.

—Apuesto doce coronas a que gana Talía —le dijo al tripulante más cercano.

Enseguida, Talía le arrancó la lanza a su oponente y comenzó a dar un golpe tras otro. Lirea volvió a gritar y luego sacó su cuchillo. Blanca contuvo la respiración. A diferencia de los gritos, la magia tejida en ese cuchillo era deliberada y precisa. Blanca podía percibir únicamente una sombra tenue del poder del cuchillo, poco más que un suspiro, pero era un suspiro lleno de dolor y desesperación. Blanca intentó llegar a los camarotes de proa a los empujones. La sirena embistió, y Talía le rompió la lanza sobre la espalda. Un instante más tarde, la magia del cuchillo estalló.

—¡Bea! —Había demasiadas personas en el camino. Blanca metió con fuerza el pulgar bajo la mandíbula de uno de los hombres, un truco sucio que Talía le había enseñado hacía años. Un conjuro susurrado hizo que otro saltara hacia atrás, aun cuando las arañas ilusorias de Blanca parpadearon hasta esfumarse. Lanzando conjuros con desenfreno, Blanca se abrió paso hasta los camarotes de proa, sin prestar atención al daño que causaba.

Cuando llegó junto a la reina, apoyó las manos sobre la puñalada y ordenó a los demás que se apartaran. Aunque

recurría frenéticamente a su magia para enfriar la herida y retrasar el sangrado, el pánico amenazaba con desenmarañar sus conjuros.

Era imposible que el cuchillo hubiese llegado al corazón, porque en ese caso Beatrice ya estaría muerta. Blanca sujetó el espejo grande del frente de su gargantilla y tiró. Los alambres se desenrollaron y lo liberaron sobre su palma. Colocó el espejo en el dorso de su otra mano, directamente sobre la herida.

—Espejito, espejito... —La mente le quedó en blanco. Las rimas no eran necesarias, pero la ayudaban a concentrarse en sus conjuros. Necesitaba esa concentración—. Maldición, ¿qué rima con “herida”? Ya está, lo tengo. —Blanca se concentró en el espejo—. Espejito, espejito, escucha mi pedido. Muéstrame dónde a la reina han herido. —La superficie del espejo se cubrió de escarcha y volvió a despejarse. El espejo se llenó de sangre.

Allí. Una de las arterias más pequeñas que salen del corazón estaba herida, pero no cortada del todo. Blanca veía la sangre que bombeaba desde la herida con cada latido del corazón de la reina. No había forma de llegar a esa herida con hilo y aguja. Blanca volvió a tocar la gargantilla. Un trozo de alambre se desenrolló solo y se enroscó sobre el índice de su mano izquierda.

—Deprisa, maldito.

Blanca soltó el alambre de un golpe y apretó el dedo contra la herida. El alambre se calentó, tanto como cuando

fue fundido, y quedó tan suave y maleable como la seda. La punta del alambre serpenteó la herida, y el alambre se volvió más largo y delgado al tratar de encontrar el corte. El alambre perforó la arteria seis veces. Con más delicadeza de lo que la mano de cualquier ser humano podía coser, suturó los bordes para unirlos, y el flujo de sangre disminuyó gradualmente. El alambre se cortó, y los extremos se fundieron y unieron para no dejar puntas filosas. Blanca siguió mirando por su espejo hasta estar segura de que la hemorragia se había detenido. Recién en ese momento, extendió la mano para tocar el rostro de Beatrice. Lo que percibió fue como un golpe físico, que la tumbó hacia atrás.

—¡Se ha ido!

—No todavía. —Unas manos delicadas apartaron a Blanca. El cirujano del barco, un hombre mayor llamado Hoffman, se sentó junto a ella—. Aún respira. De aquí en adelante, me ocupo yo.

Blanca intentó discutir, pero no le salían palabras. Cerró los ojos con fuerza y asintió. Alguien la ayudó a ponerse de pie. El espejo se le resbaló de la mano y se rompió contra la cubierta.

—Lo siento —dijo el tripulante.

Blanca apenas lo oyó. El rostro de Beatrice estaba pálido e inmóvil. Su sangre derramada había llegado hasta las manos de Blanca y había empapado sus mangas y su pantalón. La olía en el aire, un olor fuerte que penetraba hasta la sal del aire de mar.

—¿Va a sobrevivir? —preguntó alguien. ¿Había sido el príncipe? Blanca no estaba segura. Se apartó e intentó llegar hasta Danielle y Talía.

—El cirujano... hará lo posible —murmuró.

Danielle ya había visto la muerte antes. Stacia, su hermanastra, había muerto frente a ella el año anterior. Su padre había muerto cuando ella tenía diez años, y su madre, incluso antes. Había llorado por todos ellos, de manera muy diferente. La muerte de su madre era más una mezcla de sensaciones que un recuerdo, un sonido de vidrios rotos, porque su padre había soltado la botella en la que estaba trabajando al oír que su madre se caía. La botella era de un tono azul muy vívido. Aún tibio por el fuego, el cristal reblandecido había absorbido parte del impacto antes de estrellarse y dispersar fragmentos irregulares de vidrio curvo por todo el piso.

La muerte de su padre había sido un proceso lento. Danielle había sabido lo que le esperaba, aunque su madrastra se hubiese negado a admitirlo. Había intentado pasar con él la mayor cantidad posible de tiempo. Cuando la muerte llegó al fin, fue casi un alivio que lo liberó de su dolor.

Ahora, sentada en el borde del catre en el camarote que compartía con Armand, Danielle se negaba a llorar. Blanca salvaría a Beatrice. Era su deber.

—Beatrice me encontró. —El acento de Talía sonaba más marcado de lo normal: estiraba las vocales y arras-

traba las consonantes más fuertes. Mientras caminaba, la alfombra amortiguaba el sonido de sus pisadas. Seguía llevando la lanza rota que le había quitado a Lirea—. Fue hace cuatro años, cuando llegué a Lorindar por primera vez y estaba tan asustada que casi la mato.

—Esto no es tu culpa. —Preocuparse por Talía ayudaba a Danielle a ignorar su propio miedo—. No puedes responsabilizarte.

Talía clavó la punta de la lanza en la pared, la giró y sacó una astilla larga.

—Lirea no quería asesinar a Beatrice. No lo habría hecho si yo no...

—Beatrice no está muerta.

La mandíbula de Talía tembló.

—He asesinado antes, princesa. Vi la herida. Con tanta sangre...

—Blanca la salvará. Tú intentabas protegernos.

—Y qué trabajo tan maravilloso hice. —Le puso punto final a la oración con otro golpe contra la pared—. Debería estar en la cubierta. Los sirénidos podrían regresar.

—Ya habías visto a los ondinos antes. ¿Sabías que podían tomar una forma humana?

Talía negó con la cabeza.

—No pueden. Si no, el rey Posannes habría recogido sus propias frutillas. Esto fue otra cosa.

Al menos había dejado de pasearse. Danielle hablaba rápido, con la esperanza de mantenerse, y mantener a Talía distraída.

—Lirea tenía dos colas.

—La mayoría tiene una sola —puntualizó Talía—. La estirpe real tiene dos. Creen que los hace superiores, más cercanos a los seres humanos. Además, nadan más rápido.

—Beatrice dijo que era una de las hijas de Posannes. —¿Lirea había asesinado a su propio padre para quedar al mando de su tribu?—. Lirea preguntó por su hermana.

—El poder se hereda por la rama femenina. —Talía hizo girar la lanza rota en una mano—. Posannes solamente lideró la tribu luego de la muerte de su esposa. Si bien lleva puesta la corona, sus hijas son quienes tienen el poder real. La mayor habría quedado a cargo en un año o dos. Si Lirea busca a su hermana, probablemente esté intentando eliminar a su rival.

—¿Alguna vez Beatrice te dijo algo sobre Lannadae?

—No, pero no me sorprendería. Conoces a la reina Bea: le gustaba ayudar a las princesas asustadas.

Esas palabras hicieron sonreír a Danielle, aunque sintió que su corazón se paralizaba al escuchar el tiempo pasado. La puerta se abrió con un chirrido y Blanca entró sigilosamente.

—Está viva.

A través de las lágrimas que le empañaban la vista, Danielle notó que Talía se relajaba un poco.

—El príncipe Armand está escribiéndole una nota al rey —continuó Blanca, dirigiéndose a Danielle—. Quiere que hables con el pájaro y le remarques la urgencia del mensaje. Dile que vuele lo más rápido posible.

Danielle se levantó para marcharse, pero Blanca la detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Talía, sujetando la lanza con ambas manos.

Blanca se sentó en el catre. Se la veía cansada y averjentada. Por un instante, Danielle temió que Blanca hubiese sacrificado parte de su vida para salvar la de Beatrice. Ya había invocado poderes oscuros para que la protegieran. En cada ocasión, había pagado con siete años de su vida. La primera vez, esos poderes habían asesinado a la madre de Blanca y le habían salvado la vida a ella. La segunda vez había sido el año anterior, cuando salvaron a Danielle y a Talía.

Desde ese día, el cabello negro como la noche de Blanca se había mezclado con mechones blancos y le habían aparecido unas arrugas sutiles en el contorno de los ojos. Danielle la miró con detenimiento, pero no observó nuevas señales de envejecimiento; Blanca simplemente estaba exhausta.

—Háblame del cuchillo que usó Lirea —pidió Blanca.

—La hoja era de abulón —explicó Talía—. Aproximadamente del largo de mis manos y de dos dedos de ancho. Con doble filo y delgada. No era un arma de combate. Muy probablemente se partiría si intentaras apuñalar a un enemigo con armadura, o incluso si la hoja chocara contra un hueso.

—No, no se partiría. —Blanca juntó las manos. Tenía la piel roja y los puños de la camisa manchados con sangre.

—Cuéntanos —dijo Danielle.

—Hice lo posible por ayudar a que su cuerpo se recuperase. Hoffman está suturando la herida y yo tengo las medicinas que acelerarán su recuperación, pero la salud depende tanto del espíritu como del cuerpo.

—Beatrice es la mujer más fuerte que conocí en mi vida —replicó Danielle—. Es la única persona que conozco más terca que Talía. Su espíritu...

—No está ahí —la interrumpió Blanca, con la voz quebrada.

Talía se acercó más.

—Dijiste que seguía viva.

—Su corazón late y su cuerpo respira, pero Beatrice...

—Blanca estiró el brazo para tomarle la mano a Danielle—, Beatrice ya no está.

